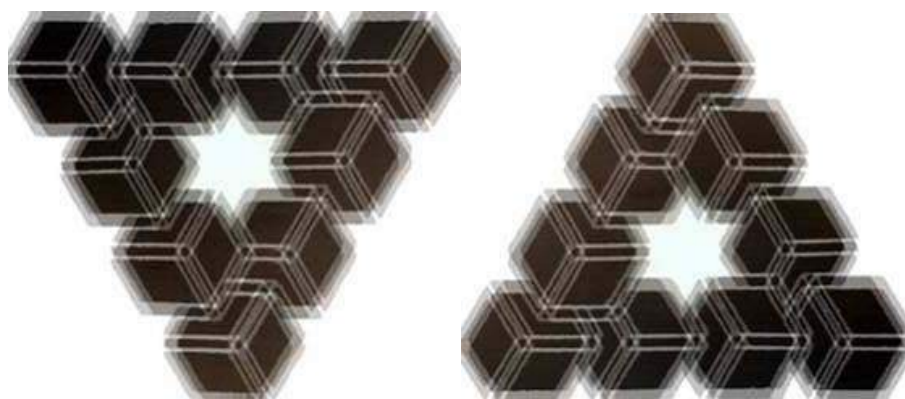


LÓGICA DEL SENTIDO

Guilles Deleuze

Traducción de Miguel Morey

Edición Electrónica de
www.philosophia.cl / Escuela de
Filosofía Universidad ARCIS.



ÍNDICE

PRÓLOGO	- 6 -
de Lewis Carroll a los estoicos	
PRIMERA SERIE DE PARADOJAS	- 7 -
<i>del puro devenir</i> Distinción platónica de las cosas medidas y del devenir-loco · La identidad indefinida · Las aventuras de Alicia o «acontecimientos»	
SEGUNDA SERIE DE PARADOJAS	- 9 -
<i>de los efectos de superficie</i> Distinción estoica de los cuerpos o estados de las cosas, y de los efectos incorpóreos o acontecimientos · Separación de la relación causal · Hacer subir a la superficie... · Descubrimiento de la superficie en Lewis Carroll.	
TERCERA SERIE	- 15 -
<i>de la proposición</i> Designación, manifestación, significación: sus relaciones y su circularidad · ¿Existe una cuarta dimensión de la proposición? Sentido, expresión y acontecimiento · Doble naturaleza del sentido: lo expresable o expresado de la proposición y atributo del estado de cosas, insistencia y extra-ser.	
CUARTA SERIE	- 23 -
<i>de las dualidades</i> Cuerpo-lenguaje, comer hablar · Dos clases de palabras · Dos dimensiones de la proposición: las designaciones y las expresiones, las consumiciones y el sentido · Las dos series.	
QUINTA SERIE	- 27 -
<i>del sentido</i> La proliferación indefinida · El desdoblamiento estéril · La neutralidad o tercer estado de la esencia · El absurdo o los objetos imposibles.	
SEXTA SERIE	- 33 -
<i>sobre la serialización</i> La forma serial y las series heterogéneas · Su constitución · ¿Hacia qué convergen esas series? · La paradoja de Lacan: el elemento extraño (lugar vacío u ocupante sin lugar) · La tienda de la oveja.	
SÉPTIMA SERIE	- 37 -
<i>de las palabras esotéricas.</i> Síntesis de contracción sobre una serie (conexión) · Síntesis de coordinación de dos series (conjunción) · Síntesis de disyunción o de ramificación de las series: el problema de las palabras valija.	
OCTAVA SERIE	- 41 -
<i>de la estructura</i> Paradoja de Lévi-Strauss · Condiciones de una estructura Función de las singularidades.	

NOVENA SERIE	- 44 -
<i>de lo problemático</i> Singularidades y acontecimientos · Problema y acontecimiento · Las matemáticas recreativas · Punto aleatorio y puntos singulares.	
DÉCIMA SERIE	- 48 -
<i>del juego ideal</i> Reglas de los juegos ordinarios · Un juego extraordinario · Las dos lecturas del tiempo: Aión y Cronos · Mallarmé.	
UNDÉCIMA SERIE	- 54 -
<i>del sinsentido</i> Carácter del elemento paradójico · De qué forma es sinsentido; las dos figuras del sinsentido · Las dos formas del absurdo (sin significado) que de él derivan · Presencia simultánea del sinsentido en el sentido · El sentido como «efecto».	
DUODÉCIMA SERIE	- 59 -
<i>sobre la paradoja</i> Naturaleza del sentido y paradoja · Naturaleza del sentido común y paradoja · Sinsentido, sentido y organización del lenguaje llamado secundario.	
DECIMOTERCERA SERIE	- 64 -
<i>del esquizofrénico y de la niña</i> Antonin Artaud y Lewis Carroll · Comer-hablar y el lenguaje esquizofrénico · Esquizofrenia y quiebre de la superficie · La palabra-pasión y sus valores literales manifiestos, la palabra-acción y sus valores tónicos inarticulados · Distinción del sinsentido de profundidad y del sinsentido de superficie, del orden primario y de la organización secundaria del lenguaje.	
DECIMOCUARTA SERIE	- 72 -
<i>de la doble causalidad</i> Los acontecimientos-efecto incorporales, su causa y su cuasi causa · Impasibilidad y génesis · Teoría de Husserl · Las condiciones de una verdadera génesis: un campo trascendental sin Yo ni centro de individuación.	
DECIMOQUINTA SERIE	- 77 -
<i>de las singularidades</i> La batalla · El campo trascendental no puede conservar la forma de una conciencia · Las singularidades impersonales y preindividuales · Campo trascendental y superficie · Discurso del individuo, discurso de la persona, discurso sin fondo: ¿hay un cuarto discurso?	
DECIMOSEXTA SERIE	- 83 -
<i>de la génesis estática ontológica</i> Génesis del individuo: Leibniz · Condición de la «composibilidad» de un mundo o de la convergencia de las series (continuidad) · Transformación del acontecimiento en predicado · Del individuo a la persona · Personas, propiedades y clases.	
DECIMOSÉPTIMA SERIE	- 89 -
<i>de la génesis estática lógica</i> Paso a las dimensiones de la proposición · Sentido y proposición · Neutralidad del sentido · Superficie y doblez.	
DECIMOCTAVA SERIE	- 95 -
<i>de las tres imágenes de filósofos</i> Filosofía y altura · Filosofía y profundidad · Un nuevo tipo de filósofo: el estoico · Hércules y las superficies.	

DECIMONOVENA SERIE	- 99 -
<i>del humor</i>	
De la significación a la designación · Estoicismo y Zen · El discurso clásico y el individuo, el discurso romántico y la persona: la ironía · El discurso sin fondo · El discurso de las singularidades: el humor o la «cuarta persona del singular».	
VIGÉSIMA SERIE	- 104 -
<i>sobre el problema moral en los estoicos</i>	
Los dos polos de la moral: adivinación de las cosas y uso lógico de las representaciones · Representación, uso y expresión · Comprender, querer, representar el acontecimiento.	
VIGÉSIMO PRIMERA SERIE	- 108 -
<i>del acontecimiento</i>	
Verdad eterna del acontecimiento · Efectuación y contra-efectuación: el actor · Los dos aspectos de la muerte como acontecimiento · Lo que quiere decir querer el acontecimiento.	
VIGÉSIMO SEGUNDA SERIE	- 112 -
<i>porcelana y volcán</i>	
La «grieta» (Fitzgerald) · Los dos procesos y el problema de su distinción · Alcoholismo, manía depresiva · Homenaje a la psicodelia.	
VIGÉSIMO TERCERA SERIE	- 118 -
<i>del Aión</i>	
Los caracteres de Cronos y su subversión por un devenir de las profundidades · Aión y la superficie · La organización que procede del Aión y sus diferencias con el Cronos.	
VIGÉSIMO CUARTA SERIE	- 123 -
<i>de la comunicación de los acontecimientos</i>	
Problema de las incompatibilidades alógicas · Leibniz · Distancia positiva y síntesis afirmativa de disyunción · El eterno retorno, el Aión y la línea recta: un laberinto más terrible.	
VIGÉSIMO QUINTA SERIE	- 129 -
<i>de la univocidad</i>	
El individuo y el acontecimiento · Más allá del eterno retorno · Los tres significados de la univocidad.	
VIGÉSIMO SEXTA SERIE	- 132 -
<i>del lenguaje</i>	
Lo que hace posible el lenguaje · Recapitulación de la organización del lenguaje · El verbo y el infinitivo.	
VIGÉSIMO SÉPTIMA SERIE	- 135 -
<i>de la oralidad</i>	
Problema de la génesis dinámica: de la profundidad a la superficie · Las «posiciones» según Mélanie Klein · Esquizofrenia y depresión, profundidad y altura. Simulacro e ídolo.	
VIGÉSIMO OCTAVA SERIE	- 141 -
<i>de la sexualidad</i>	
Las zonas erógenas · Segunda etapa de la génesis dinámica: la formación de las superficies y su conexión · Imagen · Naturaleza del complejo de Edipo, papel de la zona genital.	
VIGÉSIMO NOVENA SERIE	- 146 -
<i>las buenas intenciones son forzosamente castigadas</i>	
La empresa edípica en su relación con la constitución de la superficie · Repasar y hacer venir · La castración · La intención como categoría · Tercera etapa de la génesis: de la superficie física a la superficie metafísica (la doble pantalla).	

TRIGÉSIMA SERIE	- 151 -
<i>del fantasma</i> Fantasma y acontecimiento · Fantasma, yo y singularidades · Fantasma, verbo y lenguaje.	
TRIGÉSIMA PRIMERA SERIE	- 156 -
<i>del pensamiento</i> Fantasma, «paso» y comienzo · La pareja y el pensamiento · La superficie metafísica · La orientación en la vida psíquica, la boca y el cerebro.	
TRIGÉSIMA SEGUNDA SERIE	- 161 -
<i>sobre las diferentes clases de series</i> Las series y la sexualidad: serie conectiva y zona erógena, serie conjuntiva y conexión · La tercera forma de serie sexual, disyunción y divergencia · Fantasma y resonancia · Sexualidad y lenguaje: los tres tipos de series y las palabras correspondientes · De la voz a la palabra.	
TRIGÉSIMA TERCERA SERIE	- 168 -
<i>de las aventuras che Alicia</i> Vuelta a las tres clases de palabras esotéricas de Lewis Carroll · Resumen comparado de <i>Alicia</i> y de <i>Al otro lado del espejo</i> · Psicoanálisis y literatura, novela neurótica familiar y novela-obra de arte.	
TRIGÉSIMA CUARTA SERIE	- 172 -
<i>del orden primario y de la organización secundaria</i> La estructura pendular del fantasma: resonancia y movimiento forzado · De la palabra al verbo · Fin de la génesis dinámica · Represión primaria y secundaria · Satírica, irónica, humorística.	
APÉNDICES.	
I. SIMULACRO Y FILOSOFÍA ANTIGUA	- 180 -
1. <i>Platón y el simulacro</i>	- 180 -
2. <i>Lucrecio y el simulacro</i>	- 189 -
II. FANTASMA Y LITERATURA MODERNA	- 199 -
1. <i>Klossowski o los cuerpos-lenguaje</i>	- 199 -
2. <i>Michel Tournier y el mundo sin el otro</i>	- 214 -
3. <i>Zola y la grieta</i>	- 227 -

PRÓLOGO

(de Lewis Carroll a los estoicos)

La obra de Lewis Carroll tiene de todo para satisfacer al lector actual: libros para niños, preferentemente para niñas; espléndidas palabras insólitas, esotéricas; claves, códigos y desciframientos; dibujos y fotos; un contenido psicoanalítico profundo, un formalismo lógico y lingüístico ejemplar. Y más allá del placer actual algo diferente, un juego del sentido y el sinsentido, un caoscosmos. Pero las bodas del lenguaje y el inconsciente se han enlazado y celebrado ya de tantas maneras que es preciso buscar lo que fueron precisamente en Lewis Carroll, qué han reanudado y lo que han celebrado en él, gracias a él.

Presentamos unas series de paradojas que forman la teoría del sentido. El que esta teoría no pueda separarse de las paradojas se explica fácilmente: el sentido es una entidad inexistente, incluso tiene relaciones muy particulares con el sinsentido. El lugar privilegiado de Lewis Carroll se debe a que ha realizado el primer gran balance, la primera gran escenificación de las paradojas del sentido, unas veces recogéndolas, otras renovándolas, o inventándolas, o preparándolas. El lugar privilegiado de los estoicos se debe a que fueron los iniciadores de una nueva imagen del filósofo, en ruptura con los presocráticos, con el socratismo y el platonismo: y esta nueva imagen está ya estrechamente ligada a la constitución paradójica de una teoría del sentido. A cada serie corresponden pues unas figuras que son no solamente históricas, sino tópicas y lógicas. Como sobre una superficie pura, algunos puntos de tal figura en una serie remiten a otros puntos de tal otra: el conjunto de constelaciones-problemas con las tiradas de dados correspondientes, las historias y los lugares, un lugar complejo, una «historia embrollada». Este libro es un ensayo de novela lógica y psicoanalítica.

Presentamos en el apéndice cinco artículos ya publicados. Los retomamos modificándolos, aunque el tema permanece, y desarrolla algunos puntos que no están más que brevemente indicados en las series precedentes (señalamos cada vez el vínculo mediante una nota). Son: 1º «Renverser le platonisme», *Revue de métaphysique et de morale*, 1967; 2º «Lucrece et le naturalisme», *Etudes philosophiques*, 1967; 3º «Klossowski et les corps-langage», *Critique*, 1965; 4º «Une théorie d'autrui» (Michel Tournier), *Critique*, 1967; 5º «Introduction á la Bèse humaine de Zola», *Cercle précieux du livre*, 1967. Agradecemos a los editores el permiso para esta reproducción.

PRIMERA SERIE DE PARADOJAS

DEL PURO DEVENIR

Tanto en *Alicia* como en *Al otro lado del espejo*, se trata de una categoría de cosas muy especiales: los acontecimientos, los acontecimientos puros. Cuando digo «Alicia crece» quiero decir que se vuelve mayor de lo que era. Pero por ello también, se vuelve más pequeña de lo que es ahora. Por supuesto no es a la vez más grande y más pequeña. Pero es a la vez que ella lo deviene. Ella es mayor ahora, era más pequeña antes. Pero es a la vez, al mismo tiempo, que se vuelve mayor de lo que era, y que se hace más pequeña de lo que se vuelve. Tal es la simultaneidad de un devenir cuya propiedad es esquivar el presente. En la medida en que se esquivo el presente, el devenir no soporta la separación ni la distinción entre el antes y el después, entre el pasado y el futuro. Pertenece a la esencia del devenir avanzar, tirar en los dos sentidos a la vez: Alicia no crece sin empequeñecer, y a la inversa. El buen sentido es la afirmación de que, en todas las cosas, hay un sentido determinable; pero la paradoja es la afirmación de los dos sentidos a la vez.

Platón nos invita a distinguir dos dimensiones: 1.^o) la de las cosas limitadas y medidas, de las dualidades fijas, sean permanentes o temporales, pero suponiendo siempre paradas como reposos, establecimientos presentes asignaciones de sujetos: tal sujeto tiene tal grandor, tal pequeñez en tal momento; 2.^o) y luego un puro devenir sin medida, un puro devenir-loco que no se detiene jamás, en los dos sentidos a la vez, esquivando siempre el presente, haciendo coincidir el futuro y el pasado, el más y el menos, lo demasiado y lo insuficiente en la simultaneidad de una materia indócil («más caliente y más frío avanzan siempre y nunca permanecen, mientras que la cantidad definida es parada, y no puede avanzar sin dejar de ser»; «lo más joven se vuelve más viejo que lo más viejo, y lo más viejo, más joven que lo más joven, pero acabar este devenir, es precisamente aquello de lo que no son capaces, pues si lo acabaran, dejarían de devenir, serían...».¹

Reconocemos esta dualidad platónica. No es en absoluto la de lo inteligible y lo sensible, la Idea y la materia, Ideas y cuerpos. Es una dualidad más profunda, más secreta, enterrada en los cuerpos sensibles y materiales mismos: dualidad subterránea entre lo que recibe la acción de la Idea, y lo que se sustrae a esa acción. No es la distinción del Modelo y la copia, sino de las copias y los simulacros. El puro devenir, lo ilimitado, es la materia del simulacro en tanto que esquivo la acción de la Idea, en tanto que impugna a la vez el modelo y la copia. Las cosas medidas están bajo las Ideas; pero bajo las cosas mismas, ¿no hay también este elemento loco que subsiste, que subviene, fuera del orden impuesto por las Ideas y recibido por las cosas? Incluso Platón llega a preguntarse si este puro devenir no podría tener una relación muy particular con el lenguaje: éste nos parece uno de los sentidos principales del *Cratilo*. ¿Será esta relación esencial tal vez al lenguaje, como en un «flujo» de palabras, un discurso enloquecido que no cesaría de deslizarse sobre aquello a lo que remite, sin detenerse jamás? O bien, ¿podrían existir dos lenguajes y dos clases de «nombres», unos designando las paradas y descansos que

¹ Platón, *Filebo*, 24d; *Parménides*, 154-155.

recogen la acción de la Idea, pero expresando los otros los movimientos y los devenires rebeldes?² O incluso, ¿podrían ser dos dimensiones distintas interiores al lenguaje en general, una recubierta siempre por la otra, pero «subviniendo» y subsistiendo bajo la otra?

La paradoja de este puro devenir, con su capacidad de esquivar el presente, es la identidad infinita: identidad infinita de los dos sentidos a la vez, del futuro y el pasado, de la víspera y del día después, del más y del menos, de lo demasiado y lo insuficiente, de lo activo y lo pasivo, de la causa y el efecto. El lenguaje es quien fija los límites (por ejemplo, el momento en el que empieza los *demasiado*) pero es también él quien sobrepasa los límites y los restituye a la equivalencia infinita de un devenir ilimitado («no sostenga un atizador al rojo *demasiado* tiempo, le quemaría, no se corte *demasiado* profundamente, le haría sangrar»). De ahí los trastocamientos que constituyen las aventuras de Alicia. Trastocamiento del crecer y el empequeñecer: «¿en qué sentido, en qué sentido?» pregunta Alicia, presintiendo que es siempre en los dos sentidos a la vez, hasta el punto de que por una vez permanece igual, por un efecto óptico. Trastocamiento de la víspera y del mañana, esquivando siempre el presente: «mermelada ayer y mañana, pero nunca hoy». Trastocamiento del más y el menos: cinco noches son cinco veces más calurosas que una sola, «pero por la misma razón, deberían ser también cinco veces más frías». De lo activo y lo pasivo: «¿se comen los gatos a los murciélagos?» equivale a «¿se comen los murciélagos a los gatos?». De la causa y el efecto: ser castigado antes de haber cometido una falta, gritar antes de haberse pinchado, volver a partir antes de haber partido por primera vez.

Todos estos trastocamientos tal como aparecen en la identidad infinita tienen una misma consecuencia: la impugnación de la identidad personal de Alicia, la pérdida del nombre propio. La pérdida del nombre propio es la aventura que se repite a través de todas las aventuras de Alicia. Porque el nombre propio o singular está garantizado por la permanencia de un saber. Este saber se encarna en nombres generales que designan paradas y descansos, sustantivos y adjetivos, con los cuales el propio mantiene una relación constante. Así, el yo personal tiene necesidad de Dios y del mundo en general. Pero cuando los sustantivos y adjetivos comienzan a diluirse, cuando los nombres de parada y descanso son arrastrados por los verbos de puro devenir y se deslizan en el lenguaje de los acontecimientos, se pierde toda identidad para el yo, el mundo y Dios. Es la prueba del saber y de la recitación, en la que las palabras vienen de través, arrastradas al bies por los verbos, y que destituye a Alicia de su identidad. Como si los acontecimientos gozaran de una irrealidad que se comunica al saber y a las personas, a través del lenguaje. Porque la incertidumbre personal no es una duda exterior a lo que ocurre, sino una estructura objetiva del acontecimiento mismo, en tanto que va siempre en dos sentidos a la vez, y que descuartiza al sujeto según esta doble dirección. La paradoja es primeramente lo que destruye al buen sentido como sentido único, pero luego es lo que destruye al sentido común como asignación de identidades fijas.

² Platón, *Cratilo*, 437 y sigs. Sobre todo lo que precede, véase Apéndice I.

SEGUNDA SERIE DE PARADOJAS

DE LOS EFECTOS DE SUPERFICIE

Los estoicos, a su vez, distinguían dos clases de cosas: 1.º) Los cuerpos, con sus tensiones, sus cualidades, sus relaciones, sus acciones y pasiones, y los «estados de cosas» correspondientes. Estos estados de cosas, acciones y pasiones, están determinados por las mezclas entre cuerpos. En el límite, hay una unidad de todos los cuerpos en función de un Fuego primordial en el que se reabsorben y a partir del cual se desarrollan según su tensión respectiva. El tiempo único de los cuerpos o estados de cosas es el presente. Porque el presente vivo es la extensión temporal que acompaña al acto, que expresa y mide la acción del agente, la pasión del paciente. Pero, a la medida de la unidad de los cuerpos entre sí, a la medida de la unidad del principio activo y el principio pasivo, un presente cósmico abarca el universo entero: únicamente los cuerpos existen en el espacio y sólo el presente en el tiempo. No hay causas y efectos en los cuerpos: todos los cuerpos son causas, causas unos en relación con los otros unos para otros. La unidad de las causas entre sí se llama Destino, en la extensión del presente cósmico.

2.º) Todos los cuerpos son causas unos para otros, los unos en relación con los otros, pero ¿de qué? Son causas de ciertas cosas, de una naturaleza completamente diferente. Estos efectos no son cuerpos, sino «incorporales» estrictamente hablando. No son cualidades y propiedades físicas, sino atributos lógicos o dialécticos. No son cosas o estados de cosas, sino acontecimientos. No se puede decir que existan, sino más bien que subsisten o insisten, con ese mínimo de ser que convienen a lo que no es una cosa, entidad inexistente. No son sustantivos ni adjetivos, sino verbos. No son agentes ni pacientes, sino resultados de acciones y de pasiones, unos «impasibles»: impassibles resultados. No son presentes vivos, sino infinitivos: Acción ilimitada, devenir que se divide hasta el infinito en pasado y futuro, esquivando siempre el presente. Hasta el punto de que el tiempo debe ser captado dos veces, de dos modos complementarios, exclusivos el uno de otro: enteramente como presente vivo en los cuerpos que actúan y padecen, pero enteramente también como instancia infinitamente divisible en pasado-futuro, en los efectos incorporales que resultan de los cuerpos, de sus acciones y de sus pasiones. Sólo existe el presente en el tiempo, y recoge, reabsorbe el pasado y el futuro; pero sólo el pasado y el futuro insisten en el tiempo, y dividen hasta el infinito cada presente. No son tres dimensiones sucesivas, sino dos lecturas simultáneas del tiempo.

Como dice Emile Bréhier en su bella reconstrucción del pensamiento estoico: «Cuando el escalpelo corta la carne, el primer cuerpo produce sobre el segundo no una propiedad nueva, sino un nuevo atributo, el de ser cortado, expresado siempre por un verbo, lo que quiere decir que no es un ser, sino una manera de ser... Esta manera de ser se encuentra en algún modo en el límite, en la superficie del ser y no puede cambiar la naturaleza de éste: no es, a decir verdad, ni activa ni pasiva, ya que la pasividad supondría una naturaleza corporal que sufre una acción. Es pura y simplemente un resultado, un efecto que no puede clasificarse entre los seres... (Los estoicos distinguen) radicalmente, y nadie lo había hecho antes que ellos, dos planos de ser: por una parte el ser profundo y real, la

fuerza; y por otra, el plano de los hechos, que se juegan en la superficie del ser, y que constituyen una multiplicidad sin fin de seres incorporeales.»¹

Sin embargo, ¿qué puede haber de más íntimo, más esencial a los cuerpos que acontecimientos como crecer, empequeñecer o ser cortado? ¿Qué quieren decir los estoicos cuando oponen al espesor de los cuerpos estos acontecimientos incorporeales que tienen lugar únicamente en la superficie, como un vapor en la pradera (menos incluso que un vapor, ya que un vapor es un cuerpo)? Lo que hay en los cuerpos, en la profundidad de los cuerpos, son mezclas: un cuerpo penetra a otro y coexiste con él en todas sus partes, como una gota de vino en el mar o el fuego en el hierro. Un cuerpo se retira de otro, como el líquido de un vaso. Las mezclas en general determinan estados de cosas cuantitativos y cualitativos: las dimensiones de un conjunto, o el rojo del hierro, lo verde de un árbol. Pero lo que queremos decir mediante «crecer», «disminuir», «enrojecer», «verdear», «cortar», «ser cortado», etc., es de una clase completamente diferente: no son en absoluto estados de cosas o mezclas en el fondo de los cuerpos, sino acontecimientos incorporeales en la superficie, que son resultado de estas mezclas. *El árbol verdea...*² El genio de una filosofía se mide en primer lugar por las nuevas distribuciones que impone a los seres y a los conceptos. Los estoicos están trazando, haciendo pasar una frontera allí donde nunca se había visto ninguna: en este sentido, desplazan toda reflexión.

Lo que están operando, ante todo, es una separación completamente nueva de la relación causal. Desmiembran esta relación, rehaciendo esta unidad en cada lado. Remiten las causas a las causas, y afirman una relación de las causas entre sí (destino). Remiten los efectos a los efectos, y establecen ciertas relaciones de los efectos entre sí. Pero no de la misma manera: los efectos incorporeales nunca son causas lo unos en relación a los otros, sino solamente «casi-causas», según leyes que expresan quizás en cada caso la unidad relativa o la mezcla de los cuerpos de los que dependen como de sus causas reales. Hasta el punto de que la libertad se preserve de dos modos complementarios: una vez en la interioridad del destino como relación de las causas, y otra en la exterioridad de los acontecimientos como vínculo de los efectos. Por ello, los estoicos pueden oponer destino y necesidad.³ Los epicúreos operan otra separación de la causalidad, que también funda la libertad: conservan la homogeneidad de la causa y el efecto, pero dividen la causalidad en series atómicas cuya independencia respectiva queda garantizada por el *clinamen*, que no es destino sin necesidad, sino causalidad sin destino.⁴ En ambos casos se comienza por disociar la relación causal, en lugar de distinguir tipos de causalidad como hacía Aristóteles o como hará Kant. Y esta disociación nos remite siempre al lenguaje, ya sea a la existencia de una *declinación* de las causas, o bien, como veremos, a la existencia de una *conjugación* de los efectos.

¹ Emile Bréhier, *La Théorie des incorporels dans l'ancien stoïcisme*, Vrin, 1928, págs. 11-13.

² Véanse los comentarios de Bréhier sobre este ejemplo, pág. 20.

³ Sobre la distinción de las causas reales internas, y de las causas exteriores que entran en relaciones limitadas de «confatalidad», véase Cicerón, *De fato*, 9, 13,15 y 16.

⁴ Los epicúreos tienen también una idea del acontecimiento muy próximo a la de los estoicos: Epicuro, *Carta a Herodoto*, 39-40, 68-73; y Lucrecio I, 449 y sigs. Lucrecio analiza el acontecimiento: «la hija de Tíndaro es raptada...». Él opone los *eventa* (servidumbre-libertad, pobreza-riqueza, guerra-concordia) a los *conjuncta* (cualidades reales inseparables de los cuerpos). Los acontecimientos no parecen exactamente incorporeales, pero son presentados, sin embargo, como no existentes por sí mismos, impasibles, puros resultados de los movimientos de la materia, de las acciones y pasiones de los cuerpos. No obstante no parece que los epicúreos hayan desarrollado esta teoría del acontecimiento; quizá porque la subordinan a las exigencias de una causalidad homogénea, y la hacen depender de su concepción particular del *simulacro*. Véase Apéndice II.

Esta nueva dualidad entre cuerpos o estados de cosas y los efectos o acontecimientos incorporales entraña una conmoción de la filosofía. Por ejemplo, en Aristóteles, todas las categorías se dicen en función del Ser; y la diferencia pasa en el ser entre la sustancia como sentido primero y las demás categorías que se le remiten como accidentes. Para los estoicos, al contrario, los estados de cosas, cantidades y cualidades, no son menos seres (o cuerpos) que la sustancia; forman parte de la sustancia; y en esa medida se oponen a un *extra-ser* que constituye lo incorporal como entidad no existente. El término más alto no es pues el Ser, sino alguna cosa, *aliquid*, en tanto subsume al ser y al no-ser, las existencias y las insistencias.⁵ Pero, además, los estoicos llevan a cabo la primera gran inversión del platonismo, la inversión radical. Porque si los cuerpos, con sus estados, cualidades y cantidades, asumen todos los caracteres de la sustancia y de la causa, a la inversa los caracteres de la Idea caen del otro lado, en este *extra-ser* impasible, estéril, ineficaz, en la superficie de las cosas: *lo ideal, lo incorporal no puede ser más que un «efecto»*.

La consecuencia tiene una importancia extrema. Porque, en Platón, se mantenía un oscuro debate en la profundidad de las cosas, en la profundidad de la tierra, entre lo que se sometía a la acción de la Idea lo que se hurtaba a esta acción (las copias y los simulacros). Resuena un eco de este debate cuando Sócrates pregunta: ¿Existe Idea de todo, incluso del pelo, de la mugre y del lodo, o bien hay algo que, siempre y obstinadamente, esquiva a la Idea? Pero, en Platón, este algo nunca estaba lo suficientemente hundido, reprimido, repelido en la profundidad de los cuerpos, ahogado en el océano. *Y he aquí que ahora todo sube a la superficie*. Es el resultado de la operación estoica: lo ilimitado sube. El devenir-loco, el devenir-ilimitado ya no es un fondo que gruñe, sube a la superficie de las cosas y se vuelve impasible. Ya no se trata de simulacros que se sustraen al fondo y se insinúan por doquier, sino de efectos que se manifiestan y juegan en su lugar. Efectos en el sentido causal, pero también «efectos» sonoros, ópticos o de lenguaje; o menos aún, o mucho más, en tanto ya no tiene nada de corporal y son ahora toda la idea... Lo que se sustraía a la Idea ha subido a la superficie, límite incorporal, y representa ahora toda la *idealidad* posible, destituida ahora de su eficacia causal y espiritual. Los estoicos han descubierto los efectos de superficie. Los simulacros dejan de ser estos rebeldes subterráneos, hacen valer sus efectos (lo que se podría llamar «fantasmas», independientemente de la terminología estoica). Lo más oculto se ha vuelto lo más manifiesto, todas las viejas paradojas del devenir deben recobrar el rostro en una nueva juventud: transmutación.

El devenir-ilimitado se vuelve el acontecimiento mismo, ideal, incorporal, con todos los trastocamientos que le son propios, del futuro y el pasado, de lo activo y lo pasivo, de la causa y el efecto. El futuro y el pasado, el más y el menos, lo excesivo y lo insuficiente, el ya y el aún-no: pues el acontecimiento infinitamente divisible es siempre *los dos a la vez*, eternamente lo que acaba de pasar y lo que va a pasar pero nunca lo que pasa (cortar demasiado profundamente y no lo suficiente). Lo activo y lo pasivo: pues el acontecimiento, al ser impasible, los cambia tanto más cuanto que no es ni lo uno ni lo otro, sino su resultado común (cortar-ser-cortado). La causa y el efecto: pues los acontecimientos, *al no ser sino efectos*, pueden, los unos con los otros, entrar mucho mejor en funciones de casi-causas o en relaciones de casi-causalidad siempre reversibles (la herida y la cicatriz).

⁵ Véase Plotino, VI, I, 25: la exposición de las categorías estoicas (y Bréhier, pág. 43).

Los estoicos aficionados a las paradojas e inventores. Hay que releer el sorprendente retrato de Crisipo, en pocas páginas, por Diógenes Laercio. Quizá los estoicos utilizan la paradoja de un modo completamente nuevo: a la vez como instrumento de análisis del lenguaje y como medio de síntesis para los acontecimientos. La *dialéctica* es precisamente esta ciencia de los acontecimientos incorporales tal como se expresan en las proposiciones, y de los vínculos de acontecimientos tal como se expresan en las relaciones entre proposiciones. La dialéctica es sin duda el arte de la *conjugación* (véanse los *confatalia*, o series de acontecimientos que dependen unos de otros). Pero es propio del lenguaje, a la vez, establecer límites y sobrepasar los límites establecidos: también contiene términos que no cesan de desplazar su extensión, y de hacer posible un trastocamiento de la relación en una serie determinada (como demasiado e insuficiente, mucho y poco). El acontecimiento es coextensivo al devenir, y el devenir mismo, coextensivo al lenguaje; la paradoja es pues esencialmente «sorites», es decir, serie de proposiciones interrogativas que proceden según el devenir por adiciones y recortes sucesivos. Todo ocurre en la frontera entre las cosas y las proposiciones. Crisipo enseña: «si dices algo, esto pasa por la boca; dices *un carro*, luego un carro pasa por tu boca.» Hay un uso ahí de la paradoja que no tiene equivalente sino en el budismo zen por una parte, y en el *non-sense* inglés o americano por otra. Por una parte, lo más profundo es lo inmediato; por otra, lo inmediato está en el lenguaje. La paradoja aparece como destitución de la profundidad, exposición de los acontecimientos en la superficie, despliegue del lenguaje a lo largo de este límite. El humor es este arte de la superficie, contra la vieja ironía, arte de las profundidades o de las alturas. Los sofistas y los cínicos ya habían hecho del humor un arma filosófica contra la ironía socrática, pero con los estoicos el humor encuentra su Dialéctica, su principio dialéctico y su lugar natural, su puro concepto filosófico.

Esta operación inaugurada por los estoicos, Lewis Carroll la efectúa por su cuenta, la recupera. En toda la obra de Carroll, se trata de los acontecimientos en su diferencia con los seres, las cosas y estados de cosas. Pero el principio de *Alicia* (toda la primera mitad) busca todavía el secreto de los acontecimientos, y del devenir ilimitado que implican, en la profundidad de la tierra, pozos y madrigueras que se cavan, que se hunden por debajo, mezcla de cuerpos que se penetran y coexisten. A medida que se avanza en el relato, sin embargo, los movimientos laterales de deslizamiento, de izquierda a derecha y de derecha a izquierda. Los animales de las profundidades se vuelven secundarios, ceden su lugar a *figuras de cartas*, sin espesor. Se diría que la antigua profundidad se ha desplegado, se ha convertido en anchura. El devenir ilimitado se sostiene enteramente ahora en esta anchura recobrada. Profundo ha dejado de ser un cumplido. Sólo los animales son profundos; y aún no los más nobles, que son los animales planos. Los acontecimientos son como los cristales, no ocurren no crecen sino por los bordes, sobre los bordes. Ahí reside el primer secreto del tartamudo y el zurdo: dejar de hundirse, deslizarse a lo largo, de modo que la antigua profundidad no sea ya nada, reducida al sentido inverso de la superficie. Es a fuerza de deslizarse que se pasará del otro lado, ya que el otro lado no es sino el sentido inverso. Y si no hay nada que ver detrás del telón, es que todo lo visible, o más bien toda la ciencia posible está a lo largo del telón, que basta con seguir lo bastante lejos y lo bastante estrechamente, lo bastante superficialmente, para invertir lo derecho, para hacer que la derecha se vuelva izquierda e inversamente. No hay pues *unas* aventuras de Alicia, sino una aventura: su subida a la superficie, su repudio de la falsa profundidad, su descubrimiento de que todo ocurre en la frontera. Por ello, Carroll renuncia al primer título que tenía previsto, «Las aventuras subterráneas de Alicia».

Con mayor motivo en *Al otro lado del espejo*. Allí, los acontecimientos, en su diferencia radical con las cosas, ya no son buscados en profundidad, sino en la superficie, en este tenue vapor incorporal que se escapa de los cuerpos, película sin volumen que los rodea, espejo que los refleja, tablero que los planifica. Alicia no puede hundirse ya, ella deja libre su doble incorporal. *Es siguiendo la frontera, costeano la superficie, como se pasa de los cuerpos a lo incorporal*. Paul Valéry tuvo una frase profunda: lo más profundo, es la piel. Descubrimiento estoico que supone mucha sabiduría y entraña toda una ética. Es el descubrimiento de la niña, que no crece ni disminuye sino por los bordes, superficie para enrojecer y verdear. Ella sabe que los acontecimientos conciernen tanto más a los cuerpos, los cortan y los maltratan, en la medida en que recorren su extensión sin profundidad. Más tarde, las personas mayores son atrapadas por el fondo, caen y ya no comprenden, porque son demasiado profundas. ¿Por qué los mismos ejemplos del estoicismo continúan inspirando a Lewis Carroll? El árbol verdea, es escalpelo corta, ¿la batalla tendrá lugar o no? Es ante los árboles que Alicia pierde su nombre, es a un árbol que Humpty Dumpty habla, sin mirar a Alicia. Y los recitados anuncian las batallas. Y por doquier, heridas, cortes. Pero ¿son eso ejemplos? O bien, ¿todo acontecimiento es de este tipo, bosque, batalla y herida, tanto más profundo cuanto que *ello* que ocurre en la superficie, incorporal a fuerza de extenderse a lo largo de los cuerpos? La historia nos enseña que las buenas rutas no tienen fundación y la geografía, que la tierra no es fértil sino en una delgada capa.

Este redescubrimiento del sabio estoico no está reservado a la niña. Es verdad que Lewis Carroll detesta en general a los chicos. Tienen demasiada profundidad, una falsa profundidad, falsa sabiduría y animalidad. El bebé masculino en *Alicia* se transforma en cerdo. Por lo general, sólo las niñas comprenden el estoicismo, tienen el sentido del acontecimiento y liberan un doble incorporal. Pero a veces sucede que un niño sea tartamudo y zurdo, y conquiste así el sentido como sentido de la superficie. El odio de Lewis Carroll hacia los chicos no debe achacarse a una ambivalencia profunda, sino más bien a una inversión superficial, concepto estrictamente carrolliano. En *Silvia y Bruno*, es el niño quien tiene el papel inventivo, aprendiendo sus lecciones de cualquier modo, del revés, del derecho, por encima, por debajo, pero nunca a «fondo». La gran novela *Silvia y Bruno* lleva el extremo la evolución que se esbozaba en *Alicia*, y que se prolongaba en *Al otro lado del espejo*. La conclusión admirable de la primera parte celebra la gloria del Este, de donde viene todo lo bueno, «y la sustancia de las cosas esperadas, y la existencia de las cosas invisibles». Incluso el barómetro ni sube ni baja, sino que va a lo largo, de lado, y da el tiempo horizontal. Una máquina de estirar alarga incluso las canciones. Y la bolsa de Fortunatus, presentada como un anillo de Moebius, está hecha con pañuelos cosidos *in the wrong way*, de tal modo que su superficie interna: envuelve el mundo entero y se hace que lo que está dentro esté fuera, y lo que está fuera dentro.⁶ En *Silvia y Bruno*, la técnica del paso de lo real al sueño, y de los cuerpos a lo incorporal, está multiplicada, renovada completamente, llevada a su perfección. Pero es siempre costeano la superficie, la frontera, como se pasa al otro lado, por la virtud de un anillo. La continuidad del revés y el derecho sustituye a todos los niveles de profundidad; y los efectos de superficie en un solo y mismo Acontecimiento, que vale por todos los acontecimientos, hacen que todo el devenir y sus paradojas aflore en el lenguaje.⁷ Como

⁶ Esta descripción de la bolsa forma parte de una de las páginas más hermosas de Lewis Carroll, *Sylvie and Bruno concluded*, cap. VII.

⁷ Este descubrimiento de la superficie, esta crítica de la profundidad, forman una constante de la literatura moderna. Inspiran la obra de Robbe-Grillet. De otra manera, se encuentran en Klossowski, en la relación entre la epidermis y el guante de Roberte: véanse las observaciones de Klossowski a este respecto, en el «posfacio» a *Lois de l'hospitalité*, pág. 344. o bien, Michel Tournier, en *Vendredi ou les limbes du Pacifique*,

Lewis Carroll en un artículo titulado *The dynamics of a particle*, «Superficie plana es el carácter de un discurso...».

págs. 58-59: «Extraña postura, sin embargo, la que valora ciegamente la profundidad a expensas de la superficie y que quiere que *superficial* signifique no *de vasta dimensión*, sino *de poca profundidad*, mientras que *profundo* signifique por el contrario *de gran profundidad* y no *de débil superficie*. Y sin embargo, un sentimiento como el amor se mide mucho mejor, me parece de ser posible medirlo, por la importancia de su superficie que por su grado de profundidad...» Véanse Apéndices III y IV.

DECIMOTERCERA SERIE

DEL ESQUIZOFRÉNICO Y DE LA NIÑA

Nada más frágil que la superficie. ¿Acaso no está amenazada la organización secundaria por un monstruo mucho más potente que el Jabberwock; por un sinsentido informe y sin fondo, muy diferente de los que hemos visto hasta ahora como dos figuras inherentes todavía al sentido? La amenaza es primeramente imperceptible; pero bastan unos pocos pasos para percibir una falla agrandada, y que toda la organización de superficie ha desaparecido ya, hundida en un orden primario terrible. El sinsentido ya no da el sentido: se lo ha comido todo. Al principio, creíamos permanecer en el mismo elemento a en un elemento vecino. Nos damos cuenta de que hemos cambiado de elemento, que hemos entrado en una tempestad. Creíamos estar todavía entre niñas y niños, pero estamos ya en una locura irreversible. Creíamos estar en el extremo de las investigaciones literarias, en la más alta invención de lenguajes y palabras; pero estamos ya en los debates de una vida convulsiva; en la noche de una creación patológica que concierne a los cuerpos. Por ello el observador debe ser cuidadoso: es poco soportable, so pretexto de las palabras-valija, ver mezclarse las tonadillas infantiles, las experimentaciones poéticas y las experiencias de la locura. Un gran poeta puede escribir en una relación directa con el niño que fue y los niños que ama; un loco puede arrastrar con él la obra poética más inmensa, en una relación directa con el poeta que fue y que no ha dejado de ser. Esto no justifica en absoluto la grotesca trinidad del niño, el poeta ,y el loco. Con toda la fuerza de la admiración, de la veneración, hemos de estar atentos a los deslizamientos que revelan una diferencia profunda bajo semejanzas groseras. Debemos estar atentos a las funciones y a los abismos muy diferentes del sinsentido, a la heterogeneidad de las palabras-valija, que no autoriza ninguna amalgama entre quienes las inventan, ni siquiera entre quienes las emplean. Una niña puede cantar «Pimpanicalla», una artista escribir «frumioso», un esquizofrénico decir «perspenticaz».¹ no tenemos ninguna razón para creer que el problema sea el mismo, aunque los resultados sean groseramente análogos. No es serio confundir la canción de Babar y los gritos-soplos de Artaud, «Ratara ratara Atara tatarata rana Otara otara katara... ». Añadamos que el error de los lógicos, cuando hablan de sinsentido, consiste en dar ejemplos descarnados, laboriosamente contruidos por ellos mismos y para las necesidades de su demostración, como si nunca hubieran oído cantar a una niña, ni a un poeta recitar, ni a un esquizofrénico hablar. Miseria de los ejemplos llamados lógicos (excepto en Russell, siempre inspirado por Lewis Carroll). Pero tampoco la insuficiencia del lógico nos autoriza a rehacer una trinidad contra él, al contrario. Es el problema de la clínica, es decir, del deslizamiento de una organización a otra, o de la formación de una desorganización progresiva y creadora. También es el problema de la crítica, es decir, de la determinación de niveles diferenciales en los que el sinsentido cambia de figura, la palabra-valija de naturaleza, el lenguaje entero de dimensión.

¹ «Perspenticaz» es una palabra-valija de un esquizofrénico para designar es píritus que se sostienen por encima de la cabeza del sujeto (*perpendiculares*) y que son muy *perspicaces*; citado por Georges Dumas, *Le Surnaturel et les dieux d'après les maladies mentales*, PUF, 1946, pág. 303.

Ahora bien, las semejanzas groseras son, en principio, tramposas. Examinemos dos textos con sus trampas de semejanza. Antonin Artaud llega a enfrentarse con Lewis Carroll: primero, en una transcripción del capítulo de Humpty Dumpty, después en una carta de Rodez en la que juzga a Lewis Carroll. Leyendo la primera estrofa del *Jabberwocky* y tal como es vertida por Artaud, se tiene la impresión de que los dos primeros versos responden todavía a los criterios de Carroll, y se ajustan a unas reglas de traducción bastante análogas a las de los otros traductores franceses, Parisot o Brunius. Pero, desde la última palabra del segundo verso, desde el tercer verso, se produce un deslizamiento, incluso un hundimiento central y creador, que nos conduce a otro mundo y a un lenguaje totalmente diferente.² Con pavor, lo reconocemos sin esfuerzo: es el lenguaje de la esquizofrenia. Incluso las palabras-valija parecen tener otra función, sincopadas y sobrecargadas de guturales. A la vez, medimos la distancia que separa el lenguaje de Carroll, emitido en la superficie, del lenguaje de Artaud, tallado en las profundidades de los cuerpos: la diferencia de sus problemas. Podemos dar entonces toda su importancia a las declaraciones de Artaud en su carta de Rodez: «No he hecho una traducción del *Jabberwocky*. He intentado traducir un fragmento, pero me aburría. Nunca me ha gustado este poema, que siempre me ha parecido de un infantilismo afectado... *No me gustan los poemas o los lenguajes de superficie*, que respiran ocios felices y triunfos del intelecto, apoyándose éste sobre el año pero sin echarle alma o corazón. El año es terror siempre, y no admito que se pierda un excremento sin que uno se desgarre por perder también su alma, y no hay alma en el *Jabberwocky*... Puede uno inventarse su lenguaje y hacer que hable la lengua pura con un sentido no gramatical, pero es preciso que este sentido sea válido en sí mismo, es decir, que surja de la angustia... *Jabberwocky* es la obra de un aprovechado que ha querido saciarse intelectualmente, harto de una comida bien servida, saciarse del dolor ajeno... Cuando se hurta la caca del ser y de su lenguaje, es preciso que el poema huelga mal, y *Jabberwocky* es un poema al que su autor se ha guardado bien de mantener en el ser uterino del sufrimiento donde todo gran poeta se ha templado y que, al parir, huele mal. En el *Jabberwocky*, hay pasajes de fecalidad, pero es la fecalidad de un *snob* inglés que roza lo obsceno como rizándolo con tenacillas al rojo... Es la obra de un hombre que comía bien, y esto huele en su escrito...»³ Resumimos: Artaud considera a Lewis Carroll como un perverso, un pequeño perverso, que se empeña en la instauración de un lenguaje de superficie y no ha sentido el verdadero problema de un lenguaje en profundidad: problema esquizofrénico del sufrimiento, de la muerte y de la vida. Los juegos de Carroll le parecen pueriles, su alimento demasiado mundano, incluso su fecalidad hipócrita y demasiado bien educada.

A distancia del genio de Artaud, examinemos otro texto cuya belleza, cuya densidad son clínicas.⁴ El que se llama a sí mismo el enfermo o el esquizofrénico «estudiante de lenguas» experimenta la existencia y la disyunción de las dos series de la oralidad: es la dualidad cosas-palabras, consumiciones-expresiones, objetos consumibles-proposiciones expresables. Esta dualidad entre comer y hablar puede expresarse de un modo más violento: pagar-hablar, cagar-hablar. Pero, sobre todo, se transporta y se reencuentra además entre dos clases de palabras, de proposiciones, dos clases de lenguajes: la

² Antonin Artaud, «L'Arve et l'Aume, tentative anti-gramaticale contre Lewis Carroll», *L'Arbalète*, n. 12, 1947: «Il était roparant, et les vliqueux tarands / Allaient en gibroyant et en brimbulkdriquant / Jusque là où la gourge est à rouarghe a rangmbde et rangmbde a rouarghambde: / Tous les falomitards étaient les chatshuants / Et les Ghoré Uk' hatis dans le Grabugeument.»

³ Carta a Henri Parisot, *Lettres de Rodez*, GLM, 1946.

⁴ Louis Wolfson, «Le Schizo et les langues ou la phonétique chez le psychotique», *Les Temps modernes*, n. 218, julio, 1964.

lengua materna, el inglés, esencialmente alimenticia y excremental; y las lenguas extranjeras, esencialmente expresivas, que el enfermo se esfuerza por adquirir. La madre le amenaza de dos formas equivalentes para impedirle progresar en estas lenguas: bien esgrimiendo ante él alimentos tentadores pero indigestos, envasados en latas; bien apareciendo bruscamente para hablarle en inglés, antes de que haya tenido tiempo de taparse las orejas. Este hace frente a la amenaza mediante un conjunto de procedimientos cada vez más perfeccionados. Primeramente, come con glotonería, se atiborra, holla las latas, pero repitiéndose sin cesar algunas palabras extranjeras. Más profundamente, asegura una resonancia entre las dos series, y una conversión de una en otra, traduciendo las palabras inglesas en palabras extranjeras según los elementos fonéticos (siendo las consonantes las más importantes); por ejemplo, el árbol inglés, *tree*, es convertido gracias a la R que encontramos en el vocablo francés, luego, gracias a la T que encontramos en el término hebreo; y como en ruso se dice *derevo*, el árbol, puede transformar igualmente *tree* en *tere*, convirtiéndose entonces la T en D. Este procedimiento complejo de por sí da lugar a un procedimiento generalizado cuando el enfermo tiene la idea de hacer intervenir asociaciones: *early* (pronto), cuyas consonantes R y L plantean problemas particularmente delicados, se transforma en locuciones francesas asociadas: «suR-Lechamp, de bonne heuRe», «matinaLement», «á la paRole», «dévoRer L'espace», o incluso en una palabra esotérica y ficticia de consonancia alemana, «*urlich*». (Se recordará que Raymond Roussel, en las técnicas que inventaba para constituir y convertir series en el interior del francés, distinguía un primer procedimiento restringido, y un segundo procedimiento generalizado a base de asociaciones.) En ocasiones, hay palabras rebeldes que resisten a cualquier procedimiento, animando insoportables paradojas: así, *ladies*, que sólo se aplica a la mitad de las personas, pero que sólo puede ser transcrito por *leutte* o *loudi*, que designan, por el contrario, a la totalidad del género humano.

De nuevo, tenemos en principio la impresión de un cierto parecido con las series carrollianas. La gran dualidad oral comer-hablar, también en Carroll, tan pronto se desplaza y pasa entre dos clases de proposiciones o dos dimensiones de la proposición, como se endurece y se vuelve pagar-hablar, excremento-lenguaje (Alicia debe comprar el huevo en la tienda de la oveja, y Humpty Dumpty paga las palabras; en cuanto a la fecalidad, como dice Artaud, está subyacente por doquier en la obra de Carroll). Igualmente, cuando Antonin Artaud desarrolla sus propias series antinómicas, «ser y obedecer, vivir y existir, actuar y pensar, materia y alma, cuerpo y espíritu», él mismo tiene la impresión de una extraordinaria semejanza con Carroll. Lo que traduce diciendo que, más allá de los tiempos, Carroll le ha pillado y plagiado, a él, Antonin Artaud, tanto el poema de Humpty Dumpty sobre los peces, como el *Jabberwocky*. Y sin embargo, ¿por qué añade Artaud que él no tiene nada que ver con Carroll? ¿Por qué la extraordinaria familiaridad es también una radical y definitiva extrañeza? Basta preguntarse una vez más cómo y en qué lugar se organizan las series de Carroll: las dos series se articulan en la superficie. En esta superficie, una línea es como la frontera de las dos series, proposiciones y cosas, o dimensiones de la proposición. A lo largo de esta línea se elabora el sentido, a la vez como expresado de la proposición y como atributo de las cosas, «expresable» de las proposiciones y «atribuible» de las designaciones. Las dos series se encuentran así articuladas por su diferencia y el sentido recorre toda la superficie, aunque permanezca sobre su propia línea. Sin duda, este sentido inmaterial es el resultado de cosas corporales, de sus mezclas, de sus acciones y sus pasiones. Pero el resultado es. de una naturaleza completamente diferente que la causa corporal. Por ello, siempre en la superficie, el sentido como efecto remite á una casi-causa incorporal también: el sinsentido siempre móvil, expresado en las palabras esotéricas y las

palabras-valija, que distribuye el sentido simultáneamente de los lados. Todo esto es la organización de superficie donde se juega la obra de Carroll como efecto de espejo.

Artaud dice: no es más que superficie. La revelación que va a animar el genio de Artaud, cualquier esquizofrénico la conoce, y la vive también a su manera: para él, *no hay, ya no hay superficie*. ¿Cómo no había de parecerle Carroll una niña amanerada, al abrigo de todos los problemas del fondo? La primera evidencia esquizofrénica es que la superficie ha reventado. Ya no hay frontera entre las cosas y las proposiciones, precisamente porque ya no hay superficie de los cuerpos. El primer aspecto del cuerpo esquizofrénico es como una especie de cuerpo-colador: Freud subrayaba esta aptitud del esquizofrénico para captar la superficie y la piel como horadada por una infinidad de pequeños agujeros.⁵ La consecuencia es que el cuerpo entero ya no es sino profundidad, y atrapa, y arrastra todas las cosas a esa profundidad abierta que representa una involución fundamental. Todo es cuerpo y corporal. Todo es mezcla de cuerpos y en el cuerpo, encajadura, penetración. Todo es física, como dice Artaud: «Tenemos en la espalda vértebras llenas, atravesadas por el clavo del dolor y que, al andar, con el esfuerzo de levantar pesos, o la resistencia a dejarse ir, forman, encajándose unas en otras, cajas.»⁶ Un árbol, una columna, una flor, una caña crecen a través del cuerpo; siempre penetran otros cuerpos en nuestro cuerpo y coexisten con sus partes. Todo es directamente caja, alimento envasado y excremento. Como no hay superficie, el interior y el exterior, el continente y el contenido no tienen límite preciso y se hunden en una profundidad universal o giran en el círculo de un presente cada vez más encogido a medida que está más abarrotado. De ahí, el modo esquizofrénico de vivir la contradicción: bien en la grieta profunda que atraviesa el cuerpo, bien en las partes troceadas que se encajan y giran. Cuerpo-colador, cuerpo-troceado, cuerpo-disociado forman las tres primeras dimensiones del cuerpo esquizofrénico.

En esta quiebra de la superficie; la palabra entera pierde su sentido. Conserva quizás un cierto poder de designación, pero apreciado como vacío; un cierto poder de manifestación, apreciado como indiferente; una cierta significación, apreciada como «falsa». Pero en cualquier caso, pierde su sentido, es decir, su potencia para recoger o expresar un efecto incorporal distinto de las acciones y las pasiones del cuerpo, un acontecimiento ideal distinto de su propia efectuación presente. Todo acontecimiento se efectúa, aunque sea bajo una forma alucinatoria. Toda palabra es física, afecta inmediatamente al cuerpo. El procedimiento es del siguiente género: una palabra, a menudo de naturaleza alimenticia, aparece en mayúsculas impresas como en un *collage* que la fija y destituye de su sentido; pero, a la vez que la palabra colgada pierde su sentido, estalla en pedazos, se descompone en sílabas, letras, especialmente consonantes que actúan directamente sobre el cuerpo, lo penetran y lo lastiman. Lo vimos ya en el estudiante de lenguas: la lengua materna es, a un tiempo, destituida de su sentido, y sus *elementos fonéticos* se vuelven singularmente hirientes. La palabra ha dejado de expresar un atributo del estado de cosas; sus trozos se confunden con cualidades sonoras insoportables, se rompen en el cuerpo donde forman una mezcla, un nuevo estado de cosas, como si ellas mismas fueran unos alimentos venenosos ensordecedores y excrementos envasados. Las partes del cuerpo, órganos, se

⁵ Freud, «L'Inconscient» (1915), en *Métopsycholegie*, trad. por M. Bonaparte y A. Berman, Gallimard, págs. 152-155. Citando dos casos de enfermos, uno de los cuales capta su piel, y el otro su calcetín como sistemas de pequeños agujeros, con el riesgo de un perpetuo ensanchamiento, Freud muestra que ahí hay un síntoma propiamente esquizofrénico que no podría adecuarse ni a un histérico ni a un obseso.

⁶ Antonin Artaud, en *La Tour de feu*, abril 1961.

determinan en función de los elementos descompuestos que los afectan y agreden.⁷ Un puro lenguaje-afecto sustituye al efecto de lenguaje, en este procedimiento de pasión: «Toda escritura es una MARRANADA» (es decir, se descompone en trozos ruidosos, alimenticios y excremenciales).

Para el esquizofrénico, no se trata tanto entonces de recuperar el sentido como de destruir la palabra, conjurar el afecto o transformar la pasión dolorosa del cuerpo en acción triunfante, la obediencia en orden, siempre en esta profundidad bajo la superficie reventada. El estudiante en lenguas da el ejemplo de medios por los que los pedazos dolorosos de la palabra en la lengua materna son convertidos en acciones relativas a las lenguas extranjeras. Y así como, anteriormente, lo hiriente estaba en los *elementos fonéticos* que afectaban a las partes del cuerpo encajado o desencajado, ahora no puede ser obtenido el triunfo sino mediante la instauración de palabras-soplo, palabras-gritos en las que todos los valores literales, silábicos y fonéticos son sustituidos por *valores exclusivamente tónicos* y no escritos, a los que corresponde un cuerpo glorioso como nueva dimensión del cuerpo esquizofrénico, un organismo sin partes que actúa siempre por insuflación, inspiración, evaporación, transmisión fluídica (el cuerpo superior o cuerpo sin órganos de Antonin Artaud).⁸ Y sin duda, esta determinación del procedimiento activo, por oposición al procedimiento de la pasión, parece en principio insuficiente: en efecto, los fluidos no parecen menos maléficos que los pedazos. Pero esto es así gracias a la ambivalencia acción-pasión. Ahí es donde la contradicción vivida en la esquizofrenia encuentra su verdadero punto de aplicación: si la pasión y la acción son los polos inseparables de una ambivalencia es porque los dos lenguajes que forman pertenecen inseparablemente al cuerpo, a la profundidad de los cuerpos. Así pues, nunca se está seguro de que los fluidos ideales de un organismo sin partes no acarreen gusanos parásitos, fragmentos de órganos y de alimentos sólidos, restos de excrementos; y es seguro incluso que las potencias maléficas se sirven efectivamente de los fluidos y las insuflaciones para hacer pasar por el cuerpo los pedazos de la pasión. El fluido está necesariamente corrompido, pero no en sí mismo, sino sólo por el otro polo del que es inseparable. Pero no por ello deja de representar al polo activo, o el estado de mezcla perfecto, por oposición al encajamiento y las magulladuras de las mezclas imperfectas, polo pasivo. Hay en la esquizofrenia un modo de vivir la distinción estoica entre dos mezclas corporales, la mezcla parcial y que altera, y la mezcla total y líquida que deja el cuerpo intacto. En el elemento fluido o líquido insuflado, está el secreto no escrito de una mezcla activa que es como el «principio del mar», por oposición a las mezclas pasivas de partes encajadas. Artaud transforma en este sentido el poema de Humpty Dumpty sobre el mar y los peces en el problema de obedecer y ordenar.

Este segundo lenguaje, este procedimiento de acción, se define prácticamente por sus sobrecargas consonánticas, guturales y aspiradas, sus apóstrofes y sus acentos interiores, sus soplos y sus escansiones, su modulación que reemplaza a todos los valores silábicos o incluso literales. Se trata de hacer de la palabra una acción, volviéndola indescomponible, imposible de desintegrar: *lenguaje sin articulación*. Pero, aquí, el cemento es un principio húmedo, a-orgánico, bloque o masa de mar. A propósito de la palabra rusa, el árbol *derevo*, el estudiante de lenguas se felicita por la existencia de un plural *-derev'ya-* en el que el apóstrofo interior le parece que asegura la fusión de las

⁷ Sobre las cartas-órganos, véase Antonin Artaud, «Le Rite du peyotl», en *Les Tarahumaras*, ed. l'Arbalète, págs. 26-32.

⁸ Véase en 84, 1948: «Pas de bouche Pas de langue Pas de dents Pas de larynx Pas d'oesophage Pas d'estomac Pas de ventre Pas d'anus Je reconstruirai l'homme que je suis» (el cuerpo sin órganos está hecho sólo de huesos y de sangre).

consonantes (el signo blando de los lingüistas). En lugar de separar las consonantes y hacerlas impronunciadas, se diría que la vocal reducida al signo blando vuelve a las consonantes indisolubles al humedecerlas, las deja ilegibles e incluso impronunciadas, pero como otros tantos gritos activos en un soplo continuo.⁹ Los gritos quedan soldados juntos en el soplo, como las consonantes en el signo que las humedece, como los peces en la masa del mar, o los huesos en la sangre para el cuerpo sin órganos. Signo de fuego también, onda «que duda entre el gas y el agua», decía Artaud: los gritos son otras tantas crepitaciones en el soplo.

Cuando Artaud dice en su *Jabberwocky*: «Jusque là où la roughe est á rouarghe a rangmbde et rangmbde a rouarghambde», está tratando de activar, de insuflar, de humedecer o encender la palabra para que se convierta en la acción de un cuerpo sin partes, en lugar de la pasión de un organismo troceado. Se trata de hacer de la palabra un consolidado de consonantes, un indisoluble de consonantes, con signos blandos. En este lenguaje, siempre pueden encontrarse equivalentes de palabras-valija. Para «roughe» y «rouarghe», el mismo Artaud indica *ruée* [riada], *roue* [rueda], *route* [ruta], *règle* [regla], *route a règle* [ruta por regular] (a lo que hay que añadir la Rouergue, comarca de Rodez, donde se encontraba Artaud). Igualmente, cuando dice «Uk'hatis», con apóstrofo interior, indica *ukhase* [ucase], *hâte* [prisa] y *abruti* [embrutecido], y añade «tumbo nocturno bajo Hécate que quiere decir los puercos de la luna arrojados fuera del recto camino». Ahora bien, en el mismo momento en que la palabra se presenta como una palabra-valija, su estructura y el comentario añadido nos convencen de algo completamente distinto: los «Ghoré Uk'hatis» de Artaud no son un equivalente de los cerdos perdidos, los «*mome raths*» de Carroll o los «*verchons fourgus*» de Parisot. No rivalizan en el mismo plano. En lugar de asegurar una ramificación de series según el sentido, operan al contrario una cadena de asociaciones entre elementos tónicos y consonánticos, en una región de infrasentido, según un principio fluido y ardiente que absorbe, resorbe efectivamente el sentido conforme se va produciendo: Uk'hatis (o los puercos perdidos de la luna), es K'H (*cahot*, [tumbo, bache]), 'KT (nocturno), H'KT (Hécate).

No se ha señalado suficientemente la dualidad de la palabra esquizofrénica: la palabra-pasión que estalla en sus valores *fonéticos* hirientes, la palabra-acción que suelda valores *tónicos* inarticulados. Estas dos palabras se desarrollan en relación con la dualidad del cuerpo, cuerpo troceado y cuerpo sin órganos. Remiten a dos teatros, teatro del terror o de la pasión, teatro de la crueldad esencialmente activo. Remiten a dos sinsentidos, pasivo y activo: el de la palabra privada de sentido que se descompone en elementos fonéticos, y el de los elementos tónicos que forman una palabra indisoluble -no menos privada de sentido. Aquí todo sucede, actúa y padece por debajo del sentido, lejos de la superficie. Subsentido, insentido, *Untersinn*, que debe ser distinguido del sinsentido de superficie. Según el dicho de Hölderlin, «un signo vacío de sentido», así es el lenguaje bajo sus dos aspectos, signo aún, pero que se confunde con

⁹ Véase Wolfson, op. cit., pág. 53: en *derev'ya*, «el apóstrofo entre la *v* palatalizada y la *y* representa el signo llamado blando, signo que, en esta palabra, hace más bien que una *y* consonante completa se pronuncie después de la *v* (palatalizada), fonema que de alguna manera se palatalizaría sin el signo blando y a causa de la vocal blanda que le sigue, representada aquí fonéticamente por *ya* y escribiéndose en ruso con un solo carácter, teniendo la forma de una *R* mayúscula en sentido inverso (pronúnciese *dirévya*: el acento de intensidad carga claramente sobre la segunda sílaba; la *i* abierta y breve; la *d*, la *r* y la *v* palatalizadas, o como fusionadas con una *yod*)». Igual en la pág. 73, los comentarios del esquizofrénico sobre la palabra rusa *louD'Mi*.

una acción o una pasión del cuerpo.¹⁰ Por ello, parece muy insuficiente decir que el lenguaje esquizofrénico se define por un deslizamiento, incesante y enloquecido, de la serie significativa sobre la serie significada. De hecho, *ya no hay series en absoluto*, las dos series han desaparecido. El sinsentido ha dejado de dar el sentido a la superficie: absorbe, engulle todo sentido, tanto del lado del significante como del significado. Artaud dice que el Ser, que es sinsentido, tiene dientes. En la organización de superficie que llamamos secundaria, los cuerpos físicos y las palabras sonoras están separadas y articuladas a la vez por una frontera incorporal, la del sentido que representa, por un lado, lo expresado puro de las palabras, y, por otro, el atributo lógico de los cuerpos. Hasta el punto de que, por más que el sentido resulte de las acciones y las pasiones del cuerpo, es un resultado que difiere por naturaleza que no es él mismo ni acción ni pasión, y que guarda al lenguaje sonoro de cualquier confusión con el cuerpo físico. Por el contrario, en este orden primario de la esquizofrenia, sólo hay dualidad entre las acciones y las pasiones del cuerpo; y el lenguaje es las dos cosas a la vez, absorbido enteramente en la profundidad abierta. Ya nada impide que las proposiciones recaigan sobre los cuerpos y confundan sus elementos sonoros con los afectos del cuerpo, olfativos, gustativos, digestivos. No sólo ya no hay sentido, sino que tampoco hay ya gramática o sintaxis, y, en el mismo límite, tampoco elementos silábicos, literales o fonéticos articulados. Antonin Artaud puede titular su ensayo «Tentativa antigramatical contra Lewis Carroll». Carroll necesita una gramática muy estricta, encargada de recoger la flexión y la articulación de las palabras, como separadas de la flexión y la articulación de los cuerpos, aunque sólo sea por el espejo que los refleja y les remite un sentido.¹¹ Por ello, podemos oponer, punto por punto, a Artaud y Carroll, el orden primario y la organización secundaria. Las *series de superficie* del tipo «comer-hablar» no tienen realmente nada en común con los polos *en profundidad* aparentemente semejantes. Las dos *figuras del sinsentido* en la superficie, que distribuyen el sentido entre las series, no tienen nada que ver con los *dos saltos de sinsentido* que lo arrastran, lo engullen y lo resorben (*untersinn*). Las dos formas del tartamudeo, clónico y tónico, no guardan sino groseras analogías con los dos lenguajes esquizofrénicos. El corte de superficie nada tiene en común con la Spaltung profunda. La contradicción captada en una subdivisión infinita del pasado-futuro sobre la línea incorporal del Aíón no tiene nada que ver con la oposición de los polos en el presente físico de los cuerpos. Incluso las palabras-valija tienen funciones completamente heterogéneas.

En el niño, se puede encontrar una «posición» esquizoide, antes de que haya subido a la superficie o la haya conquistado. Incluso en la superficie, siempre pueden encontrarse trozos esquizoides, ya que su sentido es precisamente organizar y desplegar elementos

¹⁰ En su bello estudio *Structuration dynamique dans la schizophrénie* (Verlag Hans Hubert, Berrea, 1956), Gisela Pankow ha llevado bastante lejos el examen del papel de los signos en la esquizofrenia. En relación con los casos referidos por la señora Pankow podríamos considerar particularmente: el análisis de la palabra alimentaria detenida que estalla en fragmentos fonéticos, como en el caso de *CAMELS*, pág. 22; la dialéctica del continente-contenido, el descubrimiento de la oposición poular, el tema del agua y del fuego que le está ligado, págs. 57-60, 64, 67, 70; la curiosa invocación del pez como signo de revuelta activa y del agua caliente como signo de liberación, págs. 74-79; la distinción de dos cuerpos, 'el cuerpo abierto y disociado del hombre-flor, y la cabeza sin órganos que le sirve de complemento, págs. 69-72.

Nos parece, sin embargo, que la interpretación de la señora Pankow minimiza el papel de la cabeza sin órganos. Y que el régimen de los signos vividos en la esquizofrenia no se comprende, por debajo del sentido, sino por la distinción de los signos-pasiones del cuerpo y de los signos-acciones corporales.

¹¹ Es en este sentido que, en Carroll, la invención es esencialmente de vocabulario y no sintáctica o gramatical. A partir de entonces, las palabras-valijas pueden abrir una infinidad de interpretaciones posibles ramificando las series; aunque el rigor sintáctico elimine de hecho un cierto número de esas posibilidades. Así sucede en Joyce, como lo ha mostrado Jean Paris (*Tel Quel*, n. 30, 1967, pág. 64). En Artaud sucede lo contrario, pero porque ya no tiene problemas de sentido propiamente dichos.

llegados de las profundidades. No por ello es menos execrable y fastidioso mezclarlo todo: la conquista de la superficie en el niño, la quiebra de la superficie en el esquizofrénico, y el dominio de las superficies en el llamado -por ejemplo- perverso. Siempre es posible tratar la obra de Lewis Carroll como una especie de cuento esquizofrénico. Algunos imprudentes psicoanalistas ingleses así lo hicieron: el cuerpo-telescopio de Alicia, sus encajamientos y desencajamientos, sus manifiestas obsesiones alimenticias y las excremenciales latentes; los trozos que designan tanto trozos de alimento como «trozos escogidos», los *collages* y etiquetas de palabras alimenticias prestas a descomponerse; las pérdidas de identidad, los peces y el mar... Incluso es posible preguntar por el género de locura que representan clínicamente el sombrerero, la liebre de Marzo y el lirón. Siempre es posible reconocer, en la oposición de Alicia y Humpty Dumpty, los dos polos ambivalentes «órganos troceados - cuerpo sin órganos», cuerpo colador y cuerpo glorioso. El mismo Artaud no tenía otra razón para confrontarse con el texto de Humpty Dumpty. Pero, en este preciso momento, resuena la advertencia de Artaud: «No he hecho una traducción... nunca me ha gustado ese poema... No me gustan ni los poemas ni los lenguajes de superficie.» Un mal psicoanálisis tiene dos modos de equivocarse: creyendo descubrir unas materias idénticas que forzosamente se encuentran por doquier, o unas formas análogas que crean falsas diferencias. El aspecto clínico psiquiátrico y el aspecto crítico literario se marran siempre a la vez. El estructuralismo tiene razón al recordar que forma y materia sólo tienen alcance en las estructuras originales e irreductibles donde se organizan. Un psicoanálisis debe hacerse sobre dimensiones geométricas, antes que sobre las anécdotas históricas. Porque la vida, la sexualidad incluso, están en la organización y la orientación de estas dimensiones, antes de ser materias generadoras y formas engendradas. El psicoanálisis no puede contentarse con designar casos, manifestar historias o significar complejos. El psicoanálisis es psicoanálisis del sentido. Es geográfico antes de ser histórico. Distingue países diferentes. Artaud no es Carroll ni Alicia, Carroll no es Artaud, Carroll ni siquiera es Alicia. Antonin Artaud mete al niño en una alternativa en extremo violenta, conforme a los dos lenguajes en profundidad, de pasión y de acción corporales: o que no nazca el niño, es decir, que no salga de las cajas de su futura espina dorsal, sobre la que fornican los padres (el suicidio al revés); o bien que se dé un cuerpo fluídico y glorioso, flamígero; sin órganos y sin padres (como las que Artaud llamaba sus «hijas» por nacer). Carroll por el contrario espera al *niño*, conforme a su lenguaje del sentido incorporal: le espera en el punto y en el momento en que el niño ha abandonado las profundidades del cuerpo materno y no ha descubierto todavía la profundidad de su propio cuerpo, corto momento de superficie en el que la niña sale a la superficie del agua, como Alicia en la balsa de sus propias lágrimas. Son otros países, otras dimensiones sin relación. Podemos creer que la superficie tiene sus monstruos, Snark y Jabberwocky, sus terrores y sus crueldades que, aun no siendo de las profundidades, tienen también garras y pueden atenazar lateralmente, o incluso hacernos caer en el abismo que creíamos conjurado. Pero, no por ello Carroll y Artaud se encuentran; sólo el comentador puede cambiar de dimensión y ésta es su gran debilidad, el signo de que no habita en ninguna. No daríamos una página de Artaud por todo Carroll; Artaud es el único que fue de una profundidad absoluta en literatura, y descubrió un cuerpo vital y el lenguaje prodigioso de este cuerpo, a fuerza de sufrimiento, como él dice. Exploraba el infra-sentido, todavía hoy desconocido. Pero Carroll continúa siendo el maestro o el agrimensor de las superficies, que se creían tan bien conocidas que ya no eran exploradas, en las que se encuentra sin embargo toda la lógica del sentido.